



ALDAY RUIZ, A.

El entramado campaniforme en el País Vasco. Los datos y el desarrollo del proceso histórico

Anejos de VELEIA, Series maior, Vitoria-Gasteiz, 1996.-
192 p. XXIV figs., XI láms. y 3 mapas.

La demanda en los años 70 de estudios de carácter regional sobre el Vaso Campaniforme, llamados a precisar si su irrupción en las secuencias de los distintos ámbitos espaciales europeos tuvo lugar, o no, en un marco de continuidad cultural y étnica respecto a los sustratos correspondientes, creó un clima muy favorable para la investigación de este peculiar fenómeno de la Prehistoria, del que no se obtuvieron frutos, sin embargo, en el País Vasco. Es cierto que de entonces datan los trabajos de I.Barandiarán y G.Moreno presentados en el Glockenbecher Symposium de Oberried, pero los mismos sólo se refieren a los hallazgos más meridionales del País, como parte del conjunto del Valle del Ebro; y tampoco se desentiende de los problemas del campaniforme vasco la conocida síntesis de Harrison editada en 1977, si bien, por la magnitud del espacio que abarca (la totalidad de la Península Ibérica), los datos recopilados adolecen irremediamente de una débil integración en la secuencia prehistórica regional. En ese sentido, pues, la obra acometida por Alday viene a cubrir un vacío histórico en el panorama investigador y ofrece, como primera e insoslayable aportación, una exhaustiva relación de hallazgos –cerca de sesenta estaciones con dicha cerámica, o con sus más habituales complementos, para el conjunto de las provincias de Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya– la cual, de una parte, multiplica casi por cuatro el inventario de testimonios disponible hasta ahora y, de otra, permite hacer extensiva, por primera vez en Euskal Herria, la presencia de las especies campaniformes al dominio de los yacimientos habitacionales, como sucede en Larrenke Norte y en numerosos puntos del entorno de Tudela.

El trabajo tiene el mérito, por otra parte, de iluminar aspectos tan controvertidos del tránsito Calcolítico-Edad del Bronce como la dimensión cronológica del campaniforme en el País, para lo que se nutre de referencias estratigráficas, de conjuntos cerrados y de dataciones absolutas, éstas últimas en buena parte procedentes de yacimientos ubicados en áreas limítrofes (p.e. la Atalayuela o Peña Guerra, en La Rioja). También supone un repaso, en riguroso análisis, de las asociaciones más recurrentes del V.C. en su condición de ofrenda funeraria (adornos de oro, botones en V, brazales de arquero, etc., cuyo cosmopolitismo es incontestable). Y se interesa no menos vivamente por la composición de los elementos metálicos –salvo el oro, siempre de base cobre– que, caso de los puñales de lengüeta o las puntas de tipo Palmela, componen regularmente en el Suroeste de Europa la panoplia del “guerrero campaniforme” y que constituyen, junto con los objetos ya enumerados, la esencia de lo que el autor denomina el “entramado” campaniforme: una versión del “beaker package” tan bien definido por los prehistoriadores anglosajones.

Entramado campaniforme, no cultura campaniforme porque, como subraya Alday –y la idea se repite casi obsesivamente a lo largo del texto– este “package” aparece en el País Vasco yuxtaponiéndose (la misma cultura material, los mismos tipos de yacimiento) a la población del sustrato local, tardoneolítico, de lo que se deduce que la irrupción de estas peculiares cerámicas y de las innovaciones mobiliarias que le complementan en modo alguno significó un paréntesis o una ruptura en la evolución de las comunidades indígenas. En la base de la unidad campaniforme del Oeste de Europa no parece haber existido, por tanto, una componente étnica –nunca existieron un “pueblo” ni una “raza” campaniformes–, sino ideológica (unos “cimientos psicológicos” en palabras del autor) cuya extensión se vió propiciada por el enorme desarrollo que a fines del Tercer Milenio, en una sociedad progresivamente jerarquizada, experimentaron los contactos interregionales.

Estas dos últimas circunstancias –aparición de jefes en la coyuntura de una Europa particularmente bien comunicada– constituyen puntos de referencia esenciales a la hora de intentar explicar la gran extensión espacial del fenómeno campaniforme, por lo que raramente dejan de ser mencionados en cualquier publicación sobre el particular. Sin embargo no son por sí solos capaces de descifrar el móvil de la difusión ni de la aceptación en ámbitos tan distintos; no entrañan en sí mismos el significado del campaniforme. A título de hipótesis es muy sugerente, qué duda cabe, la idea de A. Sherratt de que pudo tratarse de un recipiente para beber en actos ceremoniales o de culto, inclusive muy probablemente destinado a la libación de cerveza o hidromiel con el fin de provocar cierto estado de enajenación mental exigido por la propia ceremonia. Pero no deja de ser éso, una hipótesis contrastada de manera excepcional –por ejemplo tras el análisis de los restos decantados en el fondo de un “beaker” de Ashgrove, en Escocia–, a la que, no obstante, se recurre universalmente a falta de mejores respuestas basadas en la información específica de cada yacimiento o cada zona.

En este sentido, ya hemos dicho que el libro que comentamos recoge un largo y meritorio listado de yacimientos con vaso campaniforme, lo que supone un avance indiscutible en la investigación regional del tema. Los estudios venideros, sin embargo, habrán de orientarse irremediamente a analizar los aspectos contextuales de cada hallazgo, como único procedimiento para argüir cabalmente sobre su verdadero significado. El V.C., a tenor de lo sostenido por Alday, es en el País Vasco un importante fósil-guía cronológico; es además una cerámica que parece jugar un importante papel en el ritual funerario, sin que por ello falte en áreas domésticas; y también reviste unas típicas decoraciones (¿diferentes en el Norte y el Sur del País sólo, realmente, por razones cronológicas?) que contribuyen a perfilar la posible procedencia de los influjos que determinaron su aparición. Pero las pesquisas en el futuro habrán de orientarse en otras direcciones; a preguntarse por el alcance funcional de los contextos concretos de esta clase de cerámicas en los sitios de habitación –¿no concluyó Kunst en Zambujal que los campaniformes fundamentalmente se concentraban en las áreas de producción metalúrgica, con las implicaciones socioeconómicas que ello podía tener?–, o por sus asociaciones recurrentes en las tumbas, tratando de precisar, por ejemplo, si pudieran haber sido ofrendas exclusivas de individuos de un determinado género, de sólo ciertos grupos de edad, o exclusivas de un estamento social. El trabajo de Alday, que supone, como ya hemos dicho, un salto cualitativo importante en el conocimiento del campaniforme en el País Vasco, viene a ser también un cuestionario abierto de cara al futuro, con lo que el progreso de la investigación en este campo parece garantizado de aquí en adelante. Ahora bien, para ello serán necesarios nuevos y mejores datos, memorias de excavación más completas, lo que representa un desafío, y también un aliciente, para el desarrollo de la Arqueología de campo en los años venideros.

Germán Delibes de Castro